

LAS FUERZAS ARMADAS FRANQUISTAS DESDE UNA PERCEPCIÓN EXTERIOR. EL GIRO HISTÓRICO DE LA UNIÓN MILITAR DEMOCRÁTICA (UMD)

Ángel Viñas

Este artículo debe iniciarse con una confesión personal. En 1987 quien esto escribe se instaló en Bruselas. Desde entonces, y siempre que he podido, he seguido atentamente, en televisión o en persona, las celebraciones en Londres del 11 de noviembre. Es el día del armisticio que puso fin a la Primera Guerra Mundial. En 2014, centenario del estallido bélico, revistieron una tonalidad inusitada. El país entero conmemoró a sus caídos, civiles y militares, en conflictos exteriores e incluso en Irlanda del Norte. Actos similares serían impensables en España, a pesar de que soldados españoles también han caído en operaciones de paz, al servicio de causas legítimas y abrazadas por la comunidad internacional.

El porqué de esta diferencia no es difícil de entender. La opinión de los españoles sobre las actuales Fuerzas Armadas (FAS) ha mejorado hasta llegar a extremos desconocidos. Las encuestas las sitúan entre las instituciones mejor valoradas. Pero el peso de la historia es determinante. El pasado no se olvida. Todavía vive una generación, en la que me cuento, que recuerda los tiempos oscuros de la dictadura franquista.

Tampoco ayuda el comportamiento del ministro de Defensa del actual Gobierno. Su predecesora, Carme Chacón, dejó sobre su mesa un proyecto de desclasificación de unos diez mil documentos relativos a las Fuerzas Armadas durante la guerra civil y los primeros años de la

dictadura. Solo había que elevar el expediente al Consejo de Ministros. Según han declarado personas que conocen el caso, las comisiones de expertos civiles y militares que pasaron revista a masas de documentación todavía cerradas tuvieron buen cuidado de que lo que se pretendía desclasificar no vulnerara el respeto a eventuales secretos relacionados con la defensa nacional y el honor de las personas. Todo con arreglo a las disposiciones vigentes. El ministro Morenés paró el expediente. Los argumentos que se dignó dar fueron para llorar. Las FAS, afirmó, están para otras cosas.

¡Menos mal! Pero en realidad la elevación al Consejo de Ministros no requería centenares o millares de hombres-hora. La defensa del Estado no se hubiera resentido lo más mínimo. Dejando de lado, por una cuestión de mera dignidad, la posibilidad de un pique personal contra su predecesora hay que buscar en otras dimensiones las razones de tan singular comportamiento. Parece obvio que un país cuyo Gobierno se niega a abrir los ojos al pasado no podrá fácilmente encarar ni el presente ni mucho menos el futuro.

En este artículo deseo presentar algunas reflexiones sobre cómo vieron observadores extranjeros las Fuerzas Armadas españolas durante la larga dictadura franquista. Son reflexiones que complementan, y apoyan, los estudios sociológicos y sociopolíticos iniciados en los años

terminales del franquismo. Fueron eminentes propulsores dos figuras muy queridas: Juli Busquets y Gabriel Cardona, el primero en la sociología y el segundo en la historia.

Ambos, hasta su prematura desaparición, contribuyeron de forma esencial a configurar nuestro conocimiento sobre las FAS españolas. Sus investigaciones no han sido, en mi opinión, rebatidas. Sobre Cardona, a quien conocí mucho más de cerca en tanto que historiador, he escrito algún trabajo. Sigo recordándolo con viva emoción.

El presente artículo se dividirá en cuatro partes. En la primera haré una consideración preliminar. En la segunda realizaré un recorrido por ciertos juicios profesionales extranjeros. En la tercera, abordaré los primeros años de la Transición. Finalmente expondré mis propias conclusiones.

Franquismo y Fuerzas Armadas

En la abundante literatura sobre el franquismo ha existido siempre una tensa controversia acerca del papel político de los militares. Hay autores, que en general se sitúan en la derecha, que señalan que este papel no correspondió a la institución armada sino a ciertos personajes dentro de ella. En tal sentido, afirman, no cabe hablar de un «poder militar» y sí del «poder» de determinados militares. Este argumento apareció en el tardofranquismo y floreció en los primeros años de la Transición. Los observadores británicos, que serán los protagonistas principales de este artículo, no tardaron en despa-charlo de un plumazo.

Otros autores, por el contrario, han subrayado el múltiple papel desarrollado por las FAS. Fueron cantera de personal político, generadoras de ideas y actuaciones, reserva y complemento de los cuerpos de seguridad y *ultima ratio* del sistema. Yo he añadido siempre los indicios que se derivan, en términos operacionales, de los despliegues realizados a lo largo de treinta años por el Ejército de Tierra.¹

Las FAS constituyeron el principal bloque de poder dentro del magma que dio soporte a la dictadura. Se forjaron en una cruenta guerra civil que entendieron nada menos que como la manifestación concreta de un combate planetario contra aquel enemigo por antonomasia de la civilización cristiana que divisaban en el comunismo. Contribuyeron a mantener el «nuevo Estado» sobre los escombros de un país golpeado y una gran masa de la población sojuzgada. Los vencedores la creían capaz de volver a las andadas a la primera ocasión. Como señaló Cardona, la mentalidad que desarrollaron se sintió muy

poco preocupada por el perfeccionamiento profesional, [fue] muy combativa políticamente y [estuvo] obsesionada por conservar la pureza ideológica de la guerra, centrada en las virtudes militares de disciplina, orden y jerarquía, junto a los valores anticomunistas, nacionalistas y católicos.²

Sociólogos y politólogos han cuantificado y analizado la metástasis producida en los agigantados aparatos de seguridad del Estado. También han examinado cómo los uniformados, profesionales de antes de la guerra o formados en esta, se infiltraron por los más insólitos vericuetos de la Administración y de la gestión gubernamental. Parcelas enteras de la política pública quedaron bajo su control. Ocurrió tanto a nivel directivo como en los escalones ejecutivos. En estos últimos militares y falangistas (a veces combinando las dos características pero casi nunca «hermanados») se desparramaron cual mancha de aceite.

En tales condiciones, y con millones de arre-glos de cuentas pendientes, hubiese resultado realmente sorprendente que quienes habían alcanzado la VICTORIA no intentaran difundir un *ethos* y una *praxis* muy específicos. Lo hicieron en consonancia con añejos postulados del militarismo español. También en base a la arrogante creencia en su supremacía sobre el poder civil. Este nunca lo consideraron sino contingente ya que, en su opinión, no siempre había representado o defendido los intereses permanentes de

la PATRIA. Un especialista, José Gómez Olmeda, describió tal talante en los siguientes términos:

Las Fuerzas Armadas triunfan en un conflicto armado absoluto, en el que al enemigo se le considera como la personificación del mal y el objetivo de la contienda es destruirle tanto como sea posible (...) Una de sus secuelas de mayor peso es la consolidación de la percepción de la amenaza en el escenario nacional y el acento en la teoría del enemigo interior.³

Naturalmente, esta teoría echaba raíces que llegaban hasta los comienzos de la Restauración. La guerra civil añadió dos elementos novedosos: uno, la eliminación de cualquier restricción constitucional o paraconstitucional, y el segundo, la necesidad de asentar, en último término, la nueva dictadura a la sombra de las bayonetas.

El presente artículo se basa esencialmente en los informes de los agregados militares y de defensa británicos desde los primeros años de la postguerra mundial hasta los comienzos de la Transición.⁴ La razón es simple: cuando Franco arrendó la seguridad exterior de España a los norteamericanos permitiéndoles controlar numerosas parcelas del patrimonio inmobiliario español creó un modelo específico de disuasión con dos caras.⁵ Una miraba hacia el exterior. La otra, mucho más importante, hacia el interior. La primera no funcionó demasiado bien. Estaba dirigida esencialmente hacia África del Norte y mostró estrepitosamente sus carencias durante el conflicto de Ifni-Sahara.

El arrendamiento sirvió para remozar las armas más dependientes de nuevas tecnologías (la Armada y la Aviación), aunque nunca estuviesen en condiciones de compararse con sus homólogas europeas occidentales. También proporcionó nuevos alientos y nuevos basamentos operativos al Ejército de Tierra. La triturada oposición solía caracterizarlo en aquella época como «ejército de ocupación».

Los norteamericanos se implicaron hasta los tuétanos en los rodajes del aparato de disuasión franquista. No hicieron mucho caso de la pre-

gunta que el presidente Eisenhower se planteó en mayo de 1956. Surgió ante las vehementes demandas españolas de que convenía modernizar a todo trapo el Ejército de Tierra. ¿Para qué lo quieren?, expuso retóricamente. No serviría de cara a un conflicto en el que se viese involucrada la OTAN. Eisenhower se dio a sí mismo la respuesta: lo que los españoles necesitaban era «un pequeño ejército competente —a good little army— para mantener estable al país». Coincidió con Franco en esto último. No entendió, quizá, que el Caudillo no deseaba arrendar seguridad y soberanía solo por un escuálido plato de lentejas.

Los informes norteamericanos sobre la evolución del Ejército de Tierra suscitan lecturas ambivalentes. Como parece haber ocurrido con los franceses, dadas las relaciones políticas, diplomáticas y militares que ha estudiado Dulphy para el período 1945 a 1955.⁶ Por el contrario, los británicos parecen más imparciales. El Reino Unido nunca destacó por su beligerancia contra la dictadura. Ahora bien, por razones evidentes de política interna no se lió demasiado con ella.

Es más, los británicos mantuvieron un pulso con el régimen franquista a causa de la encendida retórica francofalangista en torno a Gibraltar. Pasada la Segunda Guerra Mundial y la posibilidad de que los españoles, aliados a los nazis, pudieran haber intentado tomarlo por la fuerza,⁷ no preocuparon seriamente en Londres los esfuerzos españoles en tal sentido, vehiculados por lo general en el terreno emocional o diplomático, bilateral o multilateralmente. Sí se abstuvieron de suministrar elementos bélicos a España durante muchos años, a pesar de que sabían perfectamente que a la Armada no le hubieran venido mal, dado el respeto que en sus cuadros superiores seguía inspirando la Royal Navy.

Unas Fuerzas Armadas anticuadas

Para los propósitos de este artículo no parece necesario abordar los informes durante la Segunda Guerra Mundial. Como es sabido, la política británica estribó esencialmente en

conseguir por medios políticos y económicos que Franco se mantuviera neutral y no basculase hacia el Tercer Reich. Para el supuesto de que los alemanes entraran en la Península sin el consentimiento de Franco y de que España se convirtiera en beligerante contra el Eje se puso en pie una detalladísima planificación, ya estudiada en lo militar.

En la postguerra mundial la dictadura no corrió nunca el menor riesgo de una intervención exterior. Si en España se producía algún tipo de evolución esta debía hacerse por acuerdo entre los españoles. Ni que decir tiene que tal enfoque fue siempre totalmente inverosímil. España quedó abandonada en su rincón hasta que los norteamericanos rescataron al régimen. Los británicos nunca se llamaron a engaño. Ya en febrero de 1951 el agregado militar brigadier A. Murray informó que los estadounidenses pensaban mucho más en lo que podrían conseguir de España para sí mismos que en la contribución española a la defensa de Europa occidental.⁸

Era lógico. Las FAS no estaban en condiciones de hacer frente a una guerra moderna. Ni siquiera serían capaces de resistir en la frontera pirenaica ante un adversario decidido. Para ello deberían recibir abundante material moderno (el que tenían era obsoleto o estaba desgastado) y sobre todo apoyo aéreo en la intensidad adecuada. Tampoco existía en España un sistema de transportes que garantizara la movilidad necesaria.⁹ Las inversiones en modernizar la Fuerza Aérea con el previo sostén alemán la habían encajonado en un callejón sin salida. Los recursos escasos se habían malgastado totalmente. Esto lo reconoció ante el agregado aéreo, coronel A. C. P. Carter, el jefe de Estado Mayor del Ejército del Aire en fecha tan temprana como junio de 1946.¹⁰ No es una valoración que el lector interesado podría encontrar en la sojuzgada prensa de la época. Tampoco en los entusiasmados discursos de Franco.

Un amplio informe de ese mismo año sobre las FAS, redactado por el brigadier Wyndham Torr, que llevaba siete años en España y las cono-

cía bastante bien, resumió sus carencias humanas, organizativas y materiales. Ya habían dejado el Ejército los soldados de remplazo que habían combatido en la guerra civil. Cabía pensar que ello lo haría más homogéneo. El problema lo planteaba la oficialidad. Se trataba de una clase privilegiada, pluriempleada y corrupta hasta la médula. No añadido ni quitado una coma a esta descripción. Torr, obviamente, también señaló que existían oficiales honestos, eficientes y dedicados. En todo caso el cuerpo de oficiales estaba plagado por todos los antiguos alféreces provisionales que habían decidido quedarse en el Ejército, faltos en general de empleos alternativos.¹¹ Con el tiempo, añadamos, este último sería el colectivo que, un tanto estancado profesionalmente, se convertiría en un pilar esencial del régimen.

Este tipo de ideas se repitieron con frecuencia: excelente material humano, armamento obsoleto, doctrina y técnicas anticuadas, escasas maniobras, entrenamiento débil y mal organizado, interés en ciertos oficiales por su profesión pero limitada exposición a nuevas ideas, importancia de los componentes de voluntarios como la Legión, admiración hacia Franco como soldado, por mucho que a algunos no les gustase su forma de gobierno, temor al cambio y defensa cerrada de los propios privilegios,¹² etc.

Con el paso del tiempo, la idea de una abundante ayuda norteamericana deslumbró a muchos militares. En la percepción británica cualquiera que fuese el volumen su utilización no sería posible en tanto en cuanto el nivel de formación de las FAS no se elevase. Para ello era imprescindible eliminar el pluriempleo¹³ y aumentar las retribuciones a oficiales y suboficiales.

Una vez que los norteamericanos lanzaron su salvavidas a la dictadura, los informes británicos pasaron a analizar detenidamente el papel político de las FAS. En 1955 el embajador sir Ivo Mallet (de quien Castiella haría un encendido elogio en la presentación a las sumisas Cortes del Reino del *Libro Rojo* sobre Gibraltar el 20 de diciembre de 1965) reconoció que ya empe-

zaban a divisarse los contornos de un Ejército potencialmente moderno.

Su papel seguía siendo muy importante pero Franco continuaba convencido de que las FAS no podían ser el único soporte del régimen. Esto era evidente para cualquier observador. La combinación y dosificación de influencias relativas con la Iglesia, Falange y, posteriormente, los tecnócratas modernizadores terminarían convirtiéndose en la clave de bóveda de la dictadura. Ya entonces Mallet se hacía preguntas sobre lo que pudiera ocurrir cuando el régimen franquista desembocara en una Monarquía, oficialmente ya proclamada. En aquel momento, pensó, serían los militares quienes constituirían el factor más importante y significativo. Ahora bien, mientras Franco siguiera con vida el Ejército se plegaría a sus deseos.¹⁴ Mallet estaba bien informado. Esta es una cantinela que se repitió en los veinte años siguientes.

En 1956 hubo notables incidentes en Madrid, resurgió la contestación obrera, apareció la estudiantil, tuvo lugar la retirada del Protectorado y las divergencias entre los diversos grupos políticos que apoyaban al régimen condujeron a una crisis. El papel del Ejército como guardián último de la estabilidad y del orden internos aumentó, si cabe, en importancia. Los británicos se hicieron eco de que sus retribuciones habían mejorado y que la mezcla de patriotismo, orgullo e insularidad favorecía el mantenimiento de una moral alta.¹⁵

Esta última combinación también aflora en los informes desde 1939 hasta la mitad de los años sesenta. Es comprensible. Los españoles no habían estado presentes en los grandes conflictos del siglo, no habían colaborado activamente con otros Ejércitos desde la Guerra de la Independencia (cuya literatura y lecciones estaban muy presentes en la visión británica) pero eran soldados valientes. En la guerra de guerrillas lo habían demostrado suficientemente.

En febrero de 1957 se produjo un sustancial cambio de Gobierno. Había llegado la hora de los tecnócratas. En la embajada británica se ce-

lebró una reunión de todos los cónsules para discutir un tema esencial. ¿Qué pasaría si Franco fallecía sin nombrar sucesor? ¿Asumiría el Ejército el poder, al menos durante algún tiempo? ¿Seguirían los oficiales y suboficiales a los generales? ¿Reaccionarían los falangistas?

Los cónsules reconocieron que en el Ejército había cierto número de oficiales jóvenes de tendencia liberal. Deseaban que el país evolucionara hacia alguna forma de régimen constitucional, pero lo más probable es que permanecieran leales a sus mandos. Los suboficiales y la tropa también se plegarían, aun cuando en esta última existían elementos izquierdistas. El Ejército se impondría fácilmente a Falange y también al resto de los españoles. El futuro aparecía un tanto oscuro y la posibilidad de otra dictadura militar no era nada descartable.¹⁶

En mayo de 1958 Franco hizo votar una nueva «Ley Fundamental» (en la terminología de la época). Era la relativa a los «Principios del Movimiento». Según los británicos, a muchos militares les dejó fríos. Sus carreras les importaban más que las esotéricas disquisiciones acerca de los fundamentos y modalidades de la pomposamente denominada «democracia orgánica». En todo caso, las facciones falangistas no habían ganado la partida.

Tiene interés destacar la valoración general que del Ejército se hizo en 1959. Este fue el momento en el cual el régimen acometió la única operación estratégica de gran calado que más contribuiría a su desahogada continuación. También generó el mito de que Franco fue el gran modernizador de España, el último «regeneracionista».¹⁷

El agregado de defensa brigadier P. H. Graves-Morris subrayó que si bien en el Ejército subsistía, como era lógico, una amplia gama de opiniones, en su totalidad era leal a Franco en primer lugar y en segundo término a sí mismo. Se autoconsideraba como el factor primordial que aseguraba la paz en el interior. Si bien confiaba en que ya no tuviera que desempeñar un papel político activo de primer orden, lo que le

interesaba era la estabilidad y unidad del país. Y si estas no quedaban aseguradas podría intervenir.

Lo que tardó en cambiar, y en realidad no cambió nunca, fue la escasa apreciación británica de las FAS como elemento significativo en una guerra moderna. En febrero de 1961 el nuevo embajador en Madrid, sir George Labouche, apoyó la valoración de Graves-Morris. Las FAS no disponían de equipamiento al día. No habían mejorado sustancialmente su nivel de entrenamiento y formación. A lo más que aspiraba el Alto Mando era a poder derrotar al ejército marroquí si estallaba una crisis entre los dos países. A la vez los mandos se mostraban inquietos ante la posibilidad de que Marruecos pudiera obtener ayuda exterior en carros de asalto y aviación.¹⁸ Los despliegues en Ceuta y Melilla recordaban a los de la frontera británica del Noroeste de la India de principios de siglo. Sin embargo, todo ello era puramente teórico dado que nada hacía predecir en aquel momento una confrontación armada en el Norte de África.¹⁹

Las reformas introducidas por el ministro del Ejército teniente general Barroso recibieron una buena valoración en 1962. Reforzaban el papel interno de las FAS de cara a mantener la seguridad y tendían a desarrollar los sentimientos patrióticos en una parte de la juventud. Llamó la atención a los británicos que se permitiera a los reclutas hacer uso de armas con fuego real durante la instrucción antes de que se les pudiera considerar capaces de utilizarlas adecuadamente. Pero que a Franco no le preocupaba demasiado la modernización también era explicable en tanto en cuanto Francia siguiera en la OTAN y Portugal continuase bajo el control de manos amigas.²⁰

A mitad de los años sesenta, en pleno proceso de apertura económica al exterior y de crecimiento, la embajada en Madrid consideró que

El Ejército español no está en condiciones de abordar operaciones prolongadas. Es capaz de defender

las fronteras y posesiones pero necesitaría un apoyo considerable, también de naturaleza logística, para cualquier operación de cierta envergadura. El entrenamiento al nivel inferior de sus formaciones móviles es aceptable. Su equipamiento, sobre todo en carros y blindados y sus sistemas de telecomunicaciones y el armamento antiaéreo y anticarros son totalmente obsoletos en comparación con las fuerzas de la OTAN. Carece de una base sólida de especialistas, que los reservistas no podrían subsanar. Los métodos de instrucción, aunque han mejorado algo, siguen siendo muy inferiores a los del resto de Europa. El cuerpo de oficiales sigue estando muy inflado, y el extraño fenómeno del pluriempleo continúa haciendo estragos...²¹

Salvo por algunas mejoras puntuales y organizativas, esta sería una cantilena que siempre reflejó la valoración británica del Ejército de Franco.

El tema OTAN

La relación con Estados Unidos despertó ensoñaciones entre los norteamericanos y los españoles. Ante todo, entre los primeros que ya debatieron de puertas adentro la cuestión al comienzo de los años cincuenta. La ensoñación de Washington de acercar a la España del esquema bilateral al sistema multilateral de defensa anclado en la Alianza Atlántica fue persistente. Desde el primer momento topó con las objeciones de Londres y París. Hace ya tiempo que Antonio Marquina documentó estas cuestiones.²² Franco hubiese estado encantado de entrar pero pronto comprendió que no sería posible. Las ensoñaciones afloraron de nuevo hacia 1955 y el embajador en Washington, el hiperflexible José María de Areilza, ya hizo interesantes sugerencias en 1955.²³ Martín Artajo primero y Castiella después plantearon el tema sin la menor publicidad. El Congreso y el Senado norteamericanos apoyaron, ¡cómo no!, la incorporación.

En 1958 en el Departamento de Estado se divisaban los mayores obstáculos en la persistente oposición de Francia y de Gran Bretaña. Otros miembros de la OTAN también estaban

en contra. En Madrid, por su lado, todavía escocía amargamente el humillante rechazo con que había topado, años atrás, la idea de participar en el Plan Marshall que, por si las moscas, nunca se dio a conocer explícita y públicamente.

En 1959 el embajador Mallet ofreció a Castilla un par de informaciones que no variarían en lo sustancial hasta después de la muerte de Franco. El Reino Unido no se oponía *por principio* a una eventual adhesión española al Tratado del Atlántico Norte. No dejó de subrayar que en la OTAN había varios Estados que sí lo harían, y de forma vehemente, por lo cual era más razonable no suscitar el tema en aquellos momentos.

Esta postura la lideraron en especial Noruega, Dinamarca y el Benelux y la mantuvieron contra viento y marea. El caso noruego, estudiado con detenimiento por el profesor Helge Pharo, es muy notable. Con un gobierno laborista hasta 1965, el recuerdo de la guerra civil española no se había borrado. Tampoco los gobiernos conservadores noruegos cambiaron de postura mientras vivió Franco. Para colmo a los cinco países anteriores se sumó el Reino Unido tras el empeoramiento de las relaciones bilaterales por causa de Gibraltar.

Cuando los norteamericanos volvieron a plantear la cuestión, el ministro de Negocios Extranjeros británico reveló su pensamiento de forma muy clara a su colega norteamericano, Dean Rusk, en octubre de 1965. A pesar de que en la OTAN había países cuya forma de gobierno no era admirable (Portugal, Turquía) él no divisaba posibilidad alguna de aceptar la entrada de España en tanto en cuanto perviviera el régimen con sus peculiares características.

Esta afirmación tan rotunda provocó alarma entre los funcionarios del Foreign Office. Se apresuraron a señalar que sería mejor evitar que tales comentarios llegaran a oídos españoles. Era preferible continuar afirmando que el tema no estaba lo suficientemente maduro y que seguía sin ser de actualidad. La OTAN

tenía ya bastantes problemas como para incrementarlos con otro que no suscitaba la menor unanimidad.²⁴

A pesar de las prevenciones sobre la capacidad de las FAS, un nuevo agregado de defensa investigó en qué medida, dejando de lado cualesquiera factores políticos o ideológicos, podrían estar en condiciones de realizar una aportación en términos estrictamente militares a la política disuasiva de la Alianza. En definitiva, cuál era realmente la importancia militar y estratégica de España desde el punto de vista de la por el franquismo tan cacareada contribución a la defensa de Occidente.

El análisis realizado quizá no hubiese equivocado a una ducha de agua fría para ciertos altos mandos del Ejército. Nos parece muy interesante como representativo de un sentir que no era el norteamericano.

Para el militar británico el Ejército español seguía adoleciendo de numerosas limitaciones. La lista era repetitiva en extremo: carencia de equipamientos y materiales modernos, falta de entrenamiento, apoyo técnico y logístico absolutamente insuficiente. A ello se añadía una estructura de mandos profundamente desequilibrada y poco funcional. Precisaremos que tales características eran congruentes con la misión fundamental del Ejército de Tierra, volcado en la disuasión hacia el interior.

La consecuencia era que la aportación a la OTAN sería bastante limitada. Otra cosa sería si los soldados españoles, duros, disciplinados y valientes, se viesan obligados a combatir en su propio territorio en caso de un conflicto europeo. En este aspecto, ayudados por la topografía, la proximidad a sus bases y el apoyo exterior, podrían resultar una fuerza nada desdeñable. Eran valoraciones muy similares a las que también los alemanes habían hecho en los años ya lejanos de la segunda guerra mundial. En las FAS franquistas las mutaciones siempre tuvieron lugar al ritmo del movimiento de los glaciares.

La eventual contribución española se situaba

en otras dimensiones: en la puesta a disposición de bases y facilidades de almacenamiento y, sobre todo, en la utilización del territorio y del espacio aéreo con fines de entrenamiento. De hecho los alemanes ya habían intentado negociar tales aspectos pero hubieron de desistir ante la oposición de otros miembros de la OTAN.²⁵

No terminaban ahí las eventuales ventajas de una adhesión española. Desde el punto de vista marítimo destacaba la posibilidad de reforzar la capacidad para negar a fuerzas adversarias la entrada en las aguas del Mediterráneo occidental y del Atlántico oriental. Un factor nada despreciable. Aunque también la Armada carecía de material moderno, podría oponerse a las fuerzas navales de eventuales adversarios en el continente africano.²⁶

La valoración era similar para el Ejército del Aire. De los 500 aviones aproximadamente con que contaba, solo algo menos de una tercera parte podían considerarse utilizables por la OTAN. Los pilotos eran buenos, aunque su nivel de entrenamiento no equivalía al de la RAF o al de los franceses y soviéticos. La cooperación aérea hispanofrancesa había permitido la familiarización con conceptos modernos. En este sentido sí constituían una aportación significativa a las capacidades defensivas de la Alianza. Ahora bien, al igual que en el caso del Ejército de Tierra, la contribución más interesante radicaba en la situación geográfica española que permitía instalar bases de aprovisionamiento y facilidades de reparación en áreas relativamente alejadas del frente central.

En conclusión, desde el punto de vista militar, la cooperación aérea y naval de España era interesante. Su situación geoestratégica lo era mucho más.²⁷ Añadamos que siempre lo había sido, como se había comprobado durante la guerra civil y se revalidaría en el segundo conflicto mundial. El problema de una eventual adhesión a la Alianza no era militar sino estrictamente político. En este ámbito, la naturaleza del Estado franquista representaba el obstáculo fundamental.

En el tardofranquismo

La cuestión no volvería a surgir hasta llegada la Transición. La política exterior de Franco encontró en las Comunidades Europeas, en el Consejo de Europa y en la OTAN límites estrictos. Inabordables. Invencibles. Tras la inesperada revolución de los claveles en Portugal, los británicos temieron presiones norteamericanas en la Alianza para ablandar la postura contraria de algunos miembros a la eventual incorporación española. Mientras tanto, españoles y norteamericanos habían empezado a encontrar medios de vincular de forma indirecta la relación bilateral con el marco multilateral de la OTAN. No era lo mismo que una adhesión pero menos daba una piedra.

En 1968 hubo que echar mano a las previsiones de prolongación de la validez de los acuerdos hispanonorteamericanos. La reanudación de la relación contractual en 1970 posibilitó una ampliación de la cooperación bilateral y de los suministros de equipamiento. La Armada y las Fuerzas Aéreas se movilaron. Los estadounidenses consintieron incluso en completar el sistema de alerta temprana para cubrir todo el territorio peninsular y balear. La densificación de los viajes de estudio a Estados Unidos aportó nuevos conocimientos, incluso en las técnicas entonces muy florecientes de lo que púdicamente se denominaban actividades de contrainsurgencia.

La atención extranjera, y particularmente la británica, volvió a volcarse de nuevo en el papel político de las FAS de cara a lo que no menos púdicamente se llamaba el «cumplimiento de las previsiones sucesorias». La larga marcha hacia la designación del futuro rey concluyó, se recordará, en 1969. El nuevo príncipe de España asumiría, cuando aquel fenómeno se produjera, la Jefatura del Estado a título de rey, «instaurado» por Franco.

El decenio de los sesenta transformó la economía y la sociedad españolas. Esculpió presuntamente en piedra (es decir, en la Ley Orgánica

del Estado de 1968) los principios, que se creían inmovibles, de la dictadura. Pero, ¿cómo se veía desde el exterior el posible papel de los militares?

En lo que se refiere a la tan cacareada modernización de las FAS el último informe que redactó, en febrero de 1970, el brigadier W. Hine-Haycock, constató que se había exagerado. Año tras año se levantaban las mismas esperanzas: grandes reorganizaciones, nuevos programas de modernización, competencia entre los Ministerios. Y año tras año se comprobaba repetidamente que era poco lo que había cambiado: mandos que empezaban ya envejecidos acumulaban edad (suponemos que no solo en términos físicos) y se hacían más inflexibles, los equipos se canalizaban todavía un poco más, la técnica se hacía más obsoleta. El cambio parecía estar a la vuelta de la esquina pero para las FAS esa esquina parecía estar a una distancia sideral. Franco no había modificado un ápice su política de defensa: seguía dirigida contra una eventual agresión desde el interior.²⁸

De cara a un régimen esclerotizado y políticamente en estasis, los análisis y predicciones se multiplicaron. La situación española y sus posibilidades de evolución (o de involución) pasaron a discutirse en las capitales de los miembros de la OTAN y de las Comunidades Europeas, en Bruselas, en Washington y, presumiblemente, en Varsovia y en Moscú. Todavía no disponemos de una monografía que haya abordado los denominadores comunes que tales análisis arrojaron. Aquí nos serviremos, como mero guión orientativo, de algunos de los que se hicieron en el Reino Unido.

Ya en 1970 se empezó a pensar en la conveniencia de aflojar las restricciones al suministro de armamento a los españoles, con tal de que se destinara a fines no controvertidos ni controvertibles como eran los relacionados exclusivamente con la defensa exterior.²⁹

En junio de ese mismo año el embajador John Russell reconoció que el papel del Ejército en la política española era una de las cuestiones más

enigmáticas con la que la embajada lidiaba desde hacía tiempo. ¿Qué es lo que pensaban los militares? ¿Cómo formulaban sus ideas? ¿Cómo ejercían influencia?

La conclusión fue que si bien el Ejército se mantenía al margen de la política diaria, en un caso de crisis se pondría activa y decisivamente del lado del régimen. Por extensión, sería leal al príncipe Juan Carlos cuando este ocupase el trono. Era un Ejército muy numeroso (más de 200.000 efectivos) a los que había que añadir la Guardia Civil (unos 63.000 efectivos más). Estaba en condiciones de lidiar fácilmente con cualquier problema de seguridad interior. El sistema político imperante lo garantizaban las FAS. La disciplina era buena. No existía la menor duda de que transferirían su lealtad al futuro rey.

Ahora bien, tras el fallecimiento de Franco surgirían divergencias de opinión entre los mandos, por ejemplo con respecto a los partidos políticos que pudieran legalizarse. Había generales muy autoritarios que se mostrarían contrarios. Otros tolerarían una liberalización controlada. El respeto a su estatus y privilegios sería, además del mantenimiento del orden, una cuestión esencial.³⁰

Para el siguiente embajador, Charles Wiggin, que también tenía un título de nobleza español, el régimen franquista estaba muerto a casi todos los efectos en 1974. El denominado Movimiento había entrado en fase terminal y a la familia Franco la despreciaban todos. El peligro radicaba en que el Caudillo no terminase de desaparecer. Por ello le pareció necesario intensificar todo tipo de contactos con la oposición democrática y con el Ejército, sobre todo con los oficiales, que eran más susceptibles a influencias democráticas externas que sus superiores. Más pronto o más tarde, el Ejército desempeñaría un papel de primera magnitud, bien fuese actuando, no actuando o a caballo entre tales alternativas.

Wiggin sugirió que se invitase a militares españoles a visitar Inglaterra y, a ser posible, a seguir cursos en ella. Presumiblemente confiaba en

que los resultados serían algo diferentes de los arrojados por la experiencia hispanonorteamericana. Su tesis era que si no se adoptaban medidas para liberalizar al régimen serían las FAS las únicas que podrían garantizar la estabilidad.

Ni que decir tiene que esta aparecía más necesaria que nunca, dada la situación de Portugal. Sin embargo la idea de establecer contactos con las FAS, y que contaba con apoyos en el Foreign Office, no se autorizó. El 1.º de diciembre de 1975, en una carta confidencial a Wiggin, se le instruyó desde Londres sobre la política británica. Los españoles no podían esperar que se les diera carta blanca. Tenían que hacer sus pruebas para que se les admitiera en la CEE y en la OTAN. Había que distinguir el cambio cosmético del real. En aquel momento modificaciones en la política de venta de armas y de intercambios militares parecían todavía prematuros.³¹

Tal y como se esperaba, los norteamericanos argumentaron ante sus aliados británicos que en España ciertos sectores empujaban en favor de preparar la adhesión a la OTAN antes de que Franco desapareciera.³² No obstante todavía en abril de 1975 las dificultades políticas subsistían en toda su virulencia. En la Alianza no se quería ver a los españoles mientras Franco viviera.³³ En Washington había gente que afirmaba que un régimen de izquierdas de tendencia neutralista, como podía desarrollarse en Portugal, era más incompatible con la OTAN que las dictaduras de derechas.³⁴ La vieja máxima de que más valía apoyar a un hijo de perra con tal de que fuese «nuestro» hijo de perra seguía vigente.

La embajada británica, en sus cada vez más acuciantes informes sobre la situación en el verano de 1975, reconoció que, tras el fallecimiento de Franco, el futuro rey trataría de desarrollar un programa de reformas graduales de carácter democratizador. Su éxito dependería, entre otros factores, del apoyo de las FAS. Hasta qué punto vacilase este apoyo una vez que las reformas empezaran a topar con una previsible fuerte resistencia era la gran incógnita.

Con este bagaje intelectual y analítico un do-

cumento clave que refleja la percepción británica del papel del Ejército en los primeros años de la Transición es el informe anual del agregado de defensa, brigadier J. I. Dawson. Lo redactó en febrero de 1977, ya con el gobierno Suárez embalado hacia las primeras elecciones democráticas de junio.

Dawson enfatizó que hasta la muerte de Franco la gran mayoría de los militares le habían mantenido su lealtad. La actividad del rey, situándose detrás del Gobierno, se había concentrado en mimar a las tres armas. Con ello había logrado asegurarse de su fidelidad a la Corona y enaltecido su propio estatus entre quienes se consideraban compañeros suyos. Al fin y al cabo, el rey también era militar.

Aunque preocupados por los rápidos cambios políticos e institucionales, nada hacía prever que los uniformados se movieran. El apoyo a la Corona había descansado sobre tres supuestos: la inviolabilidad de la figura del rey, la importancia de la unidad de España y la inaceptabilidad del PCE. La dimisión del teniente general y vicepresidente primero para asuntos de la Defensa Fernando de Santiago en noviembre de 1976, derivada de su disgusto con las actuaciones del Gobierno, había abierto el camino al teniente general Manuel Gutiérrez Mellado. Este tenía opiniones mucho más aperturistas que la mayor parte de sus compañeros.

En consecuencia a la pregunta, que tanto había preocupado a los observadores internacionales de la escena española, de si las FAS pararían o no la evolución política e institucional la respuesta era negativa. Ello se debía al éxito del Gobierno en promover tal evolución por medios estrictamente legales, en mantener un alto nivel de estabilidad a pesar de todas las algaradas y huelgas, en su habilidad de situar en posiciones claves dentro de las FAS a personas dotadas de buen criterio y en la rápida sustitución del teniente general de Santiago.

Las perspectivas de una intervención militar se reducirían considerablemente si se preservaba el diálogo entre Gobierno y oposición. Es-

paña no había superado todavía sus principales problemas y tenía tras de sí una larga historia de intervenciones militares pero, en lo que se alcanzaba a percibir, estaba dando pasos de gigante para prevenir otra.³⁵

Nada de ello obviaba la necesidad política, constatada en los contactos diplomáticos con varios Gobiernos europeos, de tener que legalizar al PCE. Esta perspectiva es algo que disgustó profundamente a los norteamericanos. Cuando se llevó a cabo en abril de 1977 los británicos se afanaron en recoger toda la información que les fue posible. No tardaron en comprender que el Gobierno Suárez había decidido incurrir en un riesgo calculado.

La dimisión del ministro de Marina (arma estrechamente identificada con el régimen franquista), almirante Gabriel Pita da Veiga; un gripazo (¿«diplomático»? del ministro del Ejército que le impidió asistir a una importante reunión militar; el inmediato regreso desde Canarias del general Gutiérrez Mellado y una conversación del ministro del Aire, teniente general Carlos Franco, con el propio rey aclararon la situación.

El exembajador en Londres, Manuel Fraga Iribarne, comentó a los británicos que él desaprobaba la legalización. Confirmó que había causado gran resentimiento en los altos mandos pero no creía que fuera posible echarla atrás. El 12 de abril el embajador británico visitó a Carmen Díez de Rivera, jefa del gabinete de Suárez. Esta le dijo que la decisión había sido la más arriesgada y difícil tomada hasta la fecha.³⁶

No todo se había ganado, pero lo más complicada ya se había jugado y los militares se habían resignado. El camino hacia las primeras elecciones democráticas desde 1936 estaba expedito.

¿Y qué decir de la UMD?

No me he detenido a rastrear en los archivos británicos lo que los militares y diplomáticos de esta nacionalidad comentaron, ya fuese en Madrid o en Londres, acerca de los rumores que

les llegaran sobre la UMD. Es imposible que no supieran nada. Fundada en septiembre de 1974 se desarrolló en la clandestinidad y con fuertes medidas de seguridad. Aun así, las detenciones se iniciaron en julio del año siguiente, proceso que ha estudiado con detenimiento su gran historiador Fidel Gómez Rosa.³⁷

La primera comparecencia pública de la UMD, en París, tuvo lugar en octubre de 1975, poco antes de que Franco cayera enfermo. El procesamiento de los detenidos se alargó durante varios meses y sus abogados defensores constituyeron la flor y nata de la oposición política: Enrique Tierno Galván, Raúl Morodo, Manuel Jiménez de Parga, José María Gil Robles, Fernando Álvarez de Miranda, Joaquín Ruiz Jiménez, etc. Fue en marzo de 1976 cuando se reunió el primer consejo de guerra que juzgó a los militares más significados y los condenó a diversas penas de prisión, casi siempre con la accesoria de separación del servicio.

Ni que decir tiene que desde la cúpula de las FAS, en la que la aparición de la UMD había causado gran preocupación, se presentó a sus integrantes bajo una perspectiva profundamente distorsionadora.

El brigadier Dawson se refirió al tema. Se limitó a señalar que sus miembros habían sido condenados pero que se beneficiaron del Real Decreto de Amnistía del 29 de julio de 1976 (BOE del 4 de agosto). Sin readmisión al servicio activo. Subrayó que, en puridad, las actividades de la UMD habían sido superadas por los acontecimientos dado el ritmo trepidante de la liberalización política. Según las noticias que le habían llegado, la impresión dominante era que no había habido una penetración izquierdista grave en las FAS, con independencia de que a los militares de la UMD se les hubiera colgado este marchamo.

Dawson señaló que igualmente había salido a la luz cierta actividad de tipo comunista en forma de propaganda difundida clandestinamente por una fantasmagórica Unión Democrática de Soldados. Las autoridades militares, sin embargo, consideraban controlables tales actuaciones.

El 7 de enero de 1977 Wiggin fue a visitar a Gutiérrez Mellado. Se conocían superficialmente y tenían amigos comunes. El vicepresidente del Gobierno le confió que los tres meses que llevaba en el cargo le habían parecido muy interesantes pero no habían sido del todo de su agrado. Subrayó que le gustaría ver a España como miembro de la Alianza Atlántica.³⁸ Le preocupaban más los problemas económicos que los políticos, entre los que destacaba la actividad de un grupo de lunáticos entonces conocido como los GRAPO.

Wiggin, lógicamente, le preguntó acerca de los rumores sobre conspiraciones militares. Gutiérrez Mellado disminuyó su importancia, pero se mostró deprimido por su difusión. Afirmó que se había lanzado una campaña entre los militares para sembrar disensiones. Citó como ejemplo un rumor a tenor del cual se habría decidido favorecer la salida del Ejército de tres promociones de oficiales enteras porque habrían sido penetradas por elementos subversivos.

Subrayó que no había que subestimar la credulidad de ciertos sectores en aceptar como hechos las más absurdas suposiciones. Detrás de la campaña se encontraban integristas de la extrema derecha con el diario *Alcázar* de portavoz. No tenían ningún escrúpulo en difundir las calumnias más venenosas. En comparación los intentos desde la izquierda de influir en las FAS eran bastante débiles. Lo que le preocupaba era que los ultras hubiesen tenido tanto éxito en influir en un número considerable de jefes y oficiales que, por muy conservadores que fueran, eran básicamente gente sensata y de tendencias moderadas.

Wiggin comentó a sus superiores que le había extrañado la importancia que Gutiérrez Mellado atribuía a tal campaña, aunque no dijese nada que pudiera interpretarse como implicación de temores a una agitación militar seria.

De dar crédito a esta versión de las palabras del vicepresidente para asuntos de la Defensa uno se pregunta qué hubo detrás de la dureza con la cual la cúpula militar trató a los integran-

tes de la UMD y la mano blanda que, durante tanto tiempo, mostró ante los círculos que pululaban en torno del *Alcázar*. Era en ellos, naturalmente, donde germinaba la subversión. Como en 1936. Siempre patriotas.

Fue en este contexto cuando el agregado de Defensa envió una nota importante a su Ministerio el 14 de marzo. Su origen se encuentra en un artículo aparecido en *El País* (que no nos hemos molestado en identificar) a tenor del cual los últimos cuarenta años habrían sido el único período en la historia reciente española en el que el Ejército de Tierra no tuvo influencia política porque fue Franco quien tomaba todas las decisiones. Franco se habría distanciado del Ejército, ignoró la situación en que se encontraba en un país que se transformaba rápidamente y, en realidad, los militares no tenían por qué estarle agradecidos.

El agregado de Defensa rechazó la tesis. Esta dejaba de lado el hecho cierto de que la mayoría de los oficiales habían sido leales a Franco y que creían en sus ideas para mantener a España en el recto camino del progreso. El único gránulo de verdad era que la no participación activa en la política diaria tal vez podría haber tenido alguna influencia a la hora de transferir rápidamente su lealtad al rey, el sucesor que el mismo Franco había elegido.

En realidad lo que el observador pensaba era que los clichés predominaban y que muchos militares no tenían ideas políticas firmes. Un oficial de EM podía decir simultáneamente que España estaba tan polarizada que un partido centrista no tendría éxito o que era erróneo afirmar que la reforma solo podría hacerla la izquierda para luego terminar señalando que él, personalmente, no creía en la democracia.

Antes de la ley de amnistía había habido muchos que pensaban que no podría abarcar a aquellos culpables de «delitos de sangre». Un alto general había afirmado que, de ser así, el Gobierno no duraría. Eran señales a las que no había que hacer demasiado caso. Probable-

mente indicaban que si la cúpula militar decidía enfrentarse al Gobierno en un tema de ley y orden, lo más verosímil era que la mayoría de los oficiales si situaran detrás. En términos más aceptables también podrían indicar que aquellos oficiales con ideas políticas estaban escorados hacia la derecha y que sus opiniones coincidían, más o menos, con las que en aquellos momentos exhibía Fraga Iribarne.³⁹

Se comprende que en este contexto las actuaciones de pistoleros de la extrema derecha o de los terroristas de ETA revalidasen, *mutatis mutandis*, la actuación de los elementos que, en la primavera de 1936, ansiaban crear una situación explosiva que justificase un jaque al Gobierno, ya que no una guerra civil.

Conclusiones

Para los analistas extranjeros, las FAS del franquismo siempre fueron relativamente impenetrables. Quienes mejor las conocieron, los norteamericanos, subordinaron las consecuencias de sus análisis a los imperativos de la política de su país. Apoyaron, dentro de límites estrictos, su modernización material y técnica, aun cuando ello supusiera ligarlas más a Franco.

La postura británica fue más ambivalente que la norteamericana. Reconoció la complejidad de las FAS pero también su lealtad hacia Franco y su régimen. Guardó mayor distancia que los franceses y los alemanes. Solo al fin, y bajo la influencia de la revolución de los claveles, cabe detectar una cierta alarma, siempre menos histórica que la norteamericana.

La evolución que en las FAS se produjo provino del interior. Fue lenta. Al final de la dictadura uno de los catalizadores más importantes fue la UMD. La evolución y el cambio se produjeron esencialmente de forma endógena, ligados a las transformaciones que habían tenido lugar en la sociedad española y a la distancia que grandes sectores de la misma ya habían empezado a tomar con respecto a los dogmas franquistas sobre la guerra civil. La influencia norteamericana

suele sobreestimarse. En cualquier caso la política de Washington nunca aspiró a hacer cambiar las FAS, aunque tampoco lo impidió.

Para casi todos los observadores y analistas de los países OTAN, el giro histórico comenzó tras el fallecimiento de Franco, cuando en un principio el proceso de transición se inició a trancas y barrancas. En aquellos años dos fenómenos, ligados entre sí, impactaron sobre las FAS. El primero fue, sin duda alguna, la revolución de los claveles. Animó a la oposición interior y tuvo repercusiones en los sectores menos adocenados y más vivos de las mismas. En el exterior, la complicada situación portuguesa creó preocupación, cuando no alarma. Mucho más intensas fueron las repercusiones en España. En este momento la quiebra de la rígida disciplina que había impuesto la dictadura avivaron los temores de la cúpula militar. La UMD tuvo que pagar los platos rotos.

Los británicos parecen haberse dado por satisfechos con las explicaciones oficiales. Como a tantos otros miembros de la Alianza lo que les preocupaba era la eventual desestabilización de una plataforma geoestratégica tan importante como la peninsular.

En la perspectiva del largo período el historiador no puede por menos de constatar que al final se impuso la línea que los aliados occidentales habían perfilado de cara a España en la segunda postguerra mundial. La «cuestión española» habrían de resolverla los propios españoles. Solo cuando la transición interna comenzó a encarrilarse tras la muerte de Franco, los apoyos externos, a veces divergentes e incluso contradictorios, se hicieron sentir fuertemente. Sustituyeron al desprecio que a muchos de los que les apoyaban les había producido el régimen.

Esta es ya otra historia. ¿Y los años de Franco? Un largo interregno en la evolución de la sociedad española. Con muchos puntos negros. Con mucha sangre vertida. Con mucho dolor reprimido. Unos años que proyectan una alargada sombra. Un período que gravita, todavía hoy, sobre la sociedad y la democracia española. Un

pasado que no pasa, objeto de todo tipo de tergiversaciones y manipulaciones.

La batalla historiográfica por escudriñar los años de Franco está en pleno desarrollo. Bienvenida sea.

NOTAS

- ¹ Desarrollo esta noción en un libro de próxima aparición, *Otra cara del Caudillo*, Barcelona, Crítica.
- ² Gabriel Cardona, *El poder militar en el franquismo*, Barcelona, Flor del Viento, 2008, p. 57.
- ³ José Antonio Olmeda Gómez, *Las Fuerzas Armadas y el Estado franquista*, Madrid, El Arquero, 1988, p. 104.
- ⁴ Todo el material primario se encuentra en los Archivos Nacionales Británicos de Kew.
- ⁵ Este modelo de disuasión lo abordé en mi obra *En las garras del águila. Los pactos con Estados Unidos, de Francisco Franco a Felipe González (1945-1995)*, Barcelona, Crítica, 2003. Siempre me ha sorprendido que ulteriores investigaciones sobre el impacto de la implantación norteamericana en España desecharan la única disección analítica que en aquel trabajo figura. No reivindicó su paternidad. La tomé, hace ya muchos años, de uno de los diplomáticos que más y mejor conocía la conexión, el embajador Carlos Fernández Espeso. Naturalmente Stanley G. Payne y Jesús Palacios, *Franco: una biografía*, Madrid, Espasa, 2014, de escasas pretensiones analíticas, lo ignoran.
- ⁶ Anne Dulphy, *La politique de la France à l'égard de l'Espagne de 1945 à 1955. Entre idéologie et réalisme*, Paris, Direction des Archives, Ministère des Affaires Étrangères, s.f.
- ⁷ Como señaló Gareth Stockey, *Gibraltar. 'A Dagger in the Spine of Spain'*, Eastbourne, Sussex Academic Press, 2009, p. 142, Franco fue el primer líder español de cualesquiera persuasión y color ideológico que se planteó seriamente llegar a una solución bélica del «problema de Gibraltar» en más de un siglo.
- ⁸ Carta al teniente coronel D. Mafie, 21 de febrero de 1951: FO371/96203.
- ⁹ Despacho del consejero R. M. A. Hankey al ministro de Asuntos Exteriores. 24 de enero de 1951. *Ibid.*
- ¹⁰ Informe al embajador del 10 de junio de 1946, retransmitido al Foreign Office el 18: FO371/60462.
- ¹¹ *Report on the Spanish Army-March 1946*: FO371/60462.
- ¹² *Annual Report on the Spanish Army*, 10 de enero de 1950: FO371/89568.
- ¹³ El embajador John Balfour dirigió su despacho al mismo Churchill, de nuevo primer ministro, sobre este tema el 17 de junio de 1953: FO371/107713.
- ¹⁴ Despacho del 16 de febrero de 1955 acompañando el informe anual sobre las FAS correspondiente al año 1954: FO371/117897.
- ¹⁵ *Ibidem* del 28 de enero de 1957: FO371/130361.
- ¹⁶ Nota al Departamento de Europa del Sur de la embajada británica. 9 de mayo de 1957: FO371/130361.

- ¹⁷ Esta es, por ejemplo, una de las más absurdas afirmaciones que recorren la obra de Payne/Palacios.
- ¹⁸ La preocupación no era solo del Alto Mando. Por lo que se ha documentado llegaba hasta Carrero Blanco.
- ¹⁹ Despacho de Labouchere. 10 de febrero de 1961: FO371/160278.
- ²⁰ *Military Attaché's Annual Report on the Spanish Army 1962*: FO371/169497.
- ²¹ *Military Attaché's Annual Report on the Spanish Army 1963*: FO371/174957.
- ²² Antonio Marquina Barrio, *España en la política de seguridad occidental, 1939-1986*, Madrid, Ediciones Ejército, 1986, pp. 415-427.
- ²³ *Ibidem*, pp. 602s.
- ²⁴ Los italianos, por ejemplo, inmediatamente pusieron el grito en el cielo. El chauchau burocrático se encuentra en FO371/180122.
- ²⁵ Este aspecto, relativamente poco conocido, fue abordado brillantemente por Carlos Collado Seidel en su pionera obra *Die deutsch-spanischen Beziehungen in der Nachkriegszeit: Das Projekt deutscher Militärstützpunkte in Spanien 1960*, Saarbrücken, Breitenbach, 1991.
- ²⁶ Como marino, a Carrero Blanco le preocupaba esta cuestión extraordinariamente.
- ²⁷ *Spain and NATO*, 22 de diciembre de 1965. FO371/180122.
- ²⁸ *Defence Attaché's Report for the Year Ending 31st December 1969*: FCO9/1297.
- ²⁹ *Policy on the Supply of Arms to Spain*, 2 de agosto de 1970: FCO9/1300.
- ³⁰ *The Role of the Army in Spanish Politics*. 10 de junio de 1970: FCO9/1297.
- ³¹ *Documents on British Policy Overseas*, serie III, volumen V, *The Southern Flank in Crisis, 1973-1976*, doc. 143.
- ³² *NATO and the Mediterranean*, 18 de abril de 1975. *Ibid.*, doc. 123.
- ³³ *Spain and NATO*, 30 de abril de 1975. *Ibid.*, doc. 124.
- ³⁴ Nota 3 al doc. 129, carta del 5 de junio de 1975. *Ibid.*, Quien se pronunció de tal manera fue Helmut Sonnenfeldt, exalto cargo del National Security Council con Kissinger y a la sazón consejero en el Departamento de Estado.
- ³⁵ *Defence Attaché's Annual Report 1976*: FCO9/2661.
- ³⁶ Telegrama de Wiggin, 13 de abril de 1977: FCO9/2661. Este legajo contiene abundante información adicional.
- ³⁷ *Los militares olvidados por la Democracia*, Madrid, Vivelibro, 2013.
- ³⁸ Ya en el primer Gobierno de la Monarquía Areilza había vuelto a agitar las aguas en el tema OTAN hasta que se dio cuenta de que iba demasiado deprisa. La cuestión no había madurado suficientemente. *Spain: Annual Review for 1976*: FCO9/2642.
- ³⁹ *Political Thinking in the Spanish Army*, 14 de marzo de 1977: FCO9/2661.